

FERRAN: CABALLERO ESPAÑOL

POR

JOSÉ MARTÍ MATEU

Entre las flores que Valencia debe dejar caer sobre la tumba del doctor Ferrán con toda unción y todo afecto, añado aquellas cuyos pétalos son como los versos que un día escribiera Lope de Vega, al decir:

¡Ay, dulce y cara España,
madrastra de tus hijos verdaderos,
y con piedad extraña
piadosa madre y huésped de extranjeros!
Envidia en ti me mata:
que toda patria suele ser ingrata.
¡Ay, destierros injustos
que en la mañana hermosa de mis años
anohecéis mis gustos!
Mas puede ser que viva en los extraños,
que lo que desestima
la tierra propia, la extranjera estima.

Si Lope de Vega hubiese sido contemporáneo de Ferrán, al dar noticia de todo lo sucedido desde 1885 en que empezó la «vida pública», nunca lo hubiera reflejado con la claridad, justeza y maestría como en los versos recitados. De todo lo expresado le ocurrió a Ferrán, y, a pesar de ello, nunca dejó de ser el auténtico *caballero español*: digno en el ultraje y difamación, benevolente y resignado en el destierro, siempre patriota ante el tóxico de la lisonja y adulaciones extranjeras.

I

«Madrastra de tus hijos verdaderos»... Ferrán fué despiadadamente tratado.

a) *Aspecto político*.—La presencia de Ferrán en Valencia fué un acontecimiento que trajo la atención de España. El cólera era ya motivo de alarma general, y era natural que el anuncio de un nuevo tratamiento fuese objeto de informaciones y comentarios entre la clase médica. De ello surgen los partidarios y adversarios, tanto en España como en el extranjero, siendo los centros culturales: Real Academia de Medicina de Madrid, la Sociedad de Higiene, el Ateneo de Madrid y el Instituto Médico Valenciano, y el propio Gobierno en forma de comisiones oficiales, los que tenían en vilo a toda la nación, llegando a las Cortes. Todo ello comentado y aderezado por una prensa siempre política, y que encendía la hoguera de las pasiones.

El día 24 de abril de 1885 llegaban Ferrán y sus colaboradores a la ciudad de Alcira. Los hechos y la lucha se entablan con tal rapidez —parece ser como si los hombres quisieran igualar al genio epidémico del cólera en la rapidez de presentarse, enfermar y morir— que a los seis días justos, en la Real Academia de Medicina de Madrid, el doctor Pulido, en sesión literaria pública y ordinaria, presenta una nota informativa acerca de los hechos observados en Valencia, sometiéndola a la deliberación de los señores académicos. La Academia, siempre prudente, no quiso afrontar entonces un debate, dejando para sesiones posteriores tratar este asunto que tanto apasionamiento provocaba.

El exarcebamiento de los espíritus era tal que el entonces ministro de la Gobernación, Romero Robledo, pide un cuestionario que sirviese de programa a la experimentación de la vacuna al Real Consejo de Sanidad, a la Real Academia de Medicina, cuyos informes fueron dados, respectivamente, el 19 y 21 de mayo. El día 27 nombra la primera comisión oficial, y dos días antes, el 25 de mayo, prohíbe la vacunación. El asunto Ferrán había caído en el peor terreno... Con un criterio conservador, se le impugnaba; con un criterio liberal, se le defendía.

Cánovas, jefe del Gobierno, fué el Poncio Pilatos de Ferrán: primero, indiferente; más tarde, su clara inteligencia le demostró lo que podía suponer para España la vacuna anticolérica, para luego rendirse a las sugestiones y consejos de sus amigos políticos, sofocando la obra de Ferrán... ¡Nunca quiso oír a Ferrán!... Dicen que Ferrán se pasó todo un día de su Santo llorando en el hotel, esperando ser recibido por Cánovas.

Tres ministros, con Cánovas a la cabeza, se opusieron a la obra de Ferrán: Romero Robledo, con la disposición del 25 de mayo; Villaverde, al nombrar la segunda comisión oficial, amañada y decidida a obstaculizar la vacunación, y Silvela, que en 1900, ante nuevos casos de cólera, desestima la oferta hecha por Gimeno para que Ferrán volviese a actuar.

Ferrán no fué político, pero no fué catalanista: no quiso inscribirse en partido alguno, y no se lo perdonaron.

b) *Aspecto científico: No fué académico.*—En 1884 Ferrán tuvo la delicadeza de mandar a la Real Academia de Medicina de Barcelona una nota previa sobre la doctrina de su vacuna anticolérica, agradeciéndoselo la docta Corporación, pero sin llamarlo a que la honrase con su prestigio. Es más: cuando en 1919, unos académicos, avergonzados de tan imperdonable olvido, consiguieron, tras denodada insistencia, que Ferrán consintiese en ser aspirante, aquella Corporación dió el tristísimo espectáculo de que se sometiera a votación, que, aun favorable a Ferrán, era mancha imborrable para la académica historia. Ferrán, con gesto propio de su abolengo científico, negóse a ingresar. Señores, ya habían hablado los campos de batalla en Bulgaria, Rumania, Grecia y Servia.

No fué profesor, y en lustro tras lustro está dando una lección constante de cómo se elabora ciencia, cómo se delatan y destruyen errores, cómo se arrebatan secretos a Natura y cómo se ahorran vidas a la enfermedad, y todo ello con la autoexperiencia e investigación en los propios familiares.

No fué condecorado... No fué oficialmente ilustrísimo o excelentísimo señor. Le bastó el título de descubridor como recuerdo glorioso de sus victorias contra la enfermedad.

c) *Aspecto profesional*.—Apasionaba Barcelona en 1903 la pugna de cuantiosos intereses en el asunto de abastecimiento de aguas. Dictaminó Ferrán sobre la pureza bacteriológica de unos manantiales, como director del Laboratorio Municipal. Los contrarios promueven un escándalo de prensa, se apela a todos los recursos, y se forma expediente, siendo sustituido por Turró. La trama no estaba bien urdida, y el Ayuntamiento restituye en su puesto a Ferrán. A los catorce meses se le incoa nuevo expediente, aprovechándose de que Ferrán se halla de estudios en el extranjero; se le destituye sin esperarle, sin oírle, ni siquiera se le deja recoger sus papeles particulares del Laboratorio. Recurre al Tribunal Supremo, que ordena su reposición; pero los que habían asaltado el Ayuntamiento y el Laboratorio se ríen del Tribunal, y... sigue sin reponer el victima. De donde resulta que el que no fué académico, no fué profesor, no fué condecorado, no fué político..., fué difamado, pero respondió siempre con el silencio o el perdón... *Fué español y digno ante el ultraje y la difamación.*

II

¡Ay, destierros injustos
que en la mañana hermosa de mis años
anohecéis mis gustos!

Ferrán, rendido, agotado, empobrecido, desfallecido más de espíritu que de cuerpo, y negándose a prescindir de amigos y colaboradores, se retira a su laboratorio particular, «anoheciendo sus gustos», pero sin menguar sus impetus geniales, llevando en su cabeza la revelación bienhechora; en su corazón, sentimientos de humanidad, y en su voluntad, propósito firme de hacerlo.

En su reclusión voluntaria es donde podemos apreciar el auténtico perfil psicológico de Ferrán. El lema del Cister: «SE TU MISMO», el que da personalidad y calidad en la vida al no querer aparentar o imitar a otras personas y hechos... El «SE TU MISMO» de Ferrán era el de un genio, y, por lo tanto, difícil a la comprensión de los demás, y la lucha estalló.

Ferrán tenía cualidades de fermento y poseía el don de inquietar; su pensamiento era como el sol, que deslumbra y siembra de ofuscación los caminos destinados al tránsito de la rutina. Disponía de una agilidad mental acrobática, capaz de parecer ligereza o improvisación cuando no se acertaba a examinarla serenamente. Quien trabaja un día tras otro, tolera mal la improvisación genial, el afisbo prodigioso, el presentimiento gallardo, la audacia airosa. Los hombres se dividen en dos grupos: hombres de camino real y hombres de atajo. Ferrán era hombre de atajo.

Externamente era serio, pero no hosco; atento, no huraño; modesto, desdeñando con el silencio al engréido o difamador. Era de

una cortedad tenaz, resistente a toda exposición oral, con profunda emoción oratoria que llegaba a la erudición; la figura de Ferrán aparece siempre aislada, insignificante, oscura y oculta donde quiera que se halle.

Reacción ante este perfil psicológico fué una desorientación por motivos objetivos; en la vida el concepto de punto de vista explica, rotunda y automáticamente, las más extrañas divergencias. Ferrán sabía imponer puntos de vista difícilmente soportables. Las gentes juzgaron a Ferrán por su sombra, por la sombra que proyectaba sobre los campos de la ciencia, y Ferrán resultó incomprendido. Se le pidió más de lo que podía dar, se le recibió menos de lo que entregaba. Se le preguntaron cosas que no podía contestar; se le desoyeron cosas que nadie había acertado aún a decir. Se convirtió en tortura lo que debió ser dicha; en dolor y humillación lo que se forjó para corona de gloria. No hubo crueldad ni envidia. Hubo tan sólo falta de brújula por una y otra parte. Apagado el estruendo de la lucha, comenzó la justicia a modelar valoraciones exactas... Un poco tarde..., pero así es la vida. Ferrán, caballero español, digno, benevolente y resignado, continuaba en su sitio.

III

Lope de Vega termina sus versos, diciendo:

«Mas puede ser que viva en los extraños,
que lo que desestima
la tierra propia, la extranjera estima».

Mérito grande el no llegar a percibir el tóxico de la lisonja y adulación.

Con motivo del expediente que anteriormente hemos dicho, su abogado, Sol y Ortega, pidió al extranjero informes sobre la personalidad científica de Ferrán, y es consolador leer el resumen de estos informes que en tan alto lugar colocan a nuestro compatriota.

Ferrán pudo hacer uso de todos los ofrecimientos, pero ni por un momento pasó por su mente abandonar España, y que sus desvelos, inquietudes y descubrimientos geniales se posaran ante la enseñanza de una nación extranjera. El secreto nos lo da Campoamor al decir: «El amor a la patria es la ley de la gravedad del alma». Ese fué Ferrán.